

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 15 DE AGOSTO DE 1901

NÚM. 560



—Con el abanico
refresco mi cara;
de lo que hay oculto
ya se encarga el agua.

CHARLA



ARANTIZO á ustedes que el que no ha estado en la playa de San Sebastián no sabe lo que es bueno. Tanto es así, que yo arreglaría un antiguo cantar de esta manera:

Para jardines Valencia,
para tropas Barcelona,
y San Sebastián, en julio,
para mujeres hermosas.

Es un espectáculo delicioso y sensacional ver aquellos cuerpos, libres de la amplia ropa, luciendo esculturales líneas sobre el fondo blanco de la capa.

Crean ustedes que es para encandilarse.

Y ocurre otra cosa muy particular en aquella amenísima playa; y esta cosa es que la mujer, más ó menos desnuda,

no se oculta del hombre; se presenta ante él airosa, provocativa, incitante, derrochando atractivos y seducciones. ¡Oh! ¡Son muy buenas allí las mujeres!

No ocurre aquí lo mismo.

Ni con gemelos del mayor alcance se consigue ver una pantorrilla digna de estudio.

Aun no se me ha olvidado lo que hace dos años me ocurrió en la Barceloneta.

En uno de aquellos establecimientos, tuve la suerte de encontrar á una artista que decía ser tiple de zarzuela, y muy amiga mía por cierto; tanto, que la convidé á cerveza á ella y á la madre.

Esto prueba la gran intimidad que nos unía.

Después de la cerveza, me indicaron que iban á tomar el baño, y como yo no esperaba otra cosa, me levanté, diciendo intencionadamente:

—Pues hasta ahora.

Y, diciendo y haciendo, ellas y yo tomamos nuestro cuartito, nos desnudamos y al agua.

Confieso á ustedes que yo no pensaba en bañarme; pero mi amiga la tiple, ó lo que fuera, me sacó de mis *casillas* y de mi *caseta*, yendo á buscarla más confiado que una tórtola sencilla.

—¡Amalia! ¿Por dónde anda usted?

—pregunté, levantando esteras y dando más de un susto.

Amalia no me contestó; pero la madre se me vino encima, y entre ella y un bañero me sacaron de allí, dándome en la cabeza con unas calabazas llenas de agua.

—¡Aquí no se permite la entrada! — chillaban el bañero y la madre.

—¿Por qué?—me atreví á preguntar.

—Porque aquí se bañan las señoras y no quiere el señor Gobernador que las vean.

—¡Pero, hombre! Y al Gobernador ¿qué le importa...?

—¡Fuera, fuera!—gritaron un puñado de mujeres.



Y no hubo remedio: no pude jugar en el agua con la traviesa Amalia. Es más: cuando salió del baño me dijo, poniendo mala cara:

—Caballero, es usted muy atrevido. ¡Parece mentira que aquí, en la Barceloneta...!

—¡Sí, señor: aquí en la Barceloneta...!— siguió la madre como un fonógrafo.

—Pero, Amalia, yo creí que tú ..—me atreví á replicar.

—¡Nada, nada, caballero! Ya ve usted que nos están mirando. ¡Parece mentira! ¡¡En la Barceloneta!!

—¡¡En la Barceloneta!!—repitió la mamá.

Y así me dejaron, bañándome en un *mar* de confusiones.

*
**

La escena ha variado completamente.

Estoy en San Sebastián, y allí está veraneando la bella Amalia.

Nos encontramos en la playa. Yo no me atrevo á dirigirle la palabra, acordándome de la escena de marras.

Pero ella sonríe como un ángel pillastrón, y, dándome un golpecito en el hombro con la sombrilla, me dice:

—¿Se pasó el susto?

—Amalia, aquello fué una atrocidad tuya,—le dije algo dominado.

—No: tuya. Recuerda que estábamos en la Barceloneta.

—¡En la Barceloneta!—repitió la madre, que venía detrás como una perra.

—¿Y bien?

—Pero aquí ya es otra cosa. ¿Te quieres bañar conmigo?

—¡Con toda mi alma!—exclamé, loco de contento.

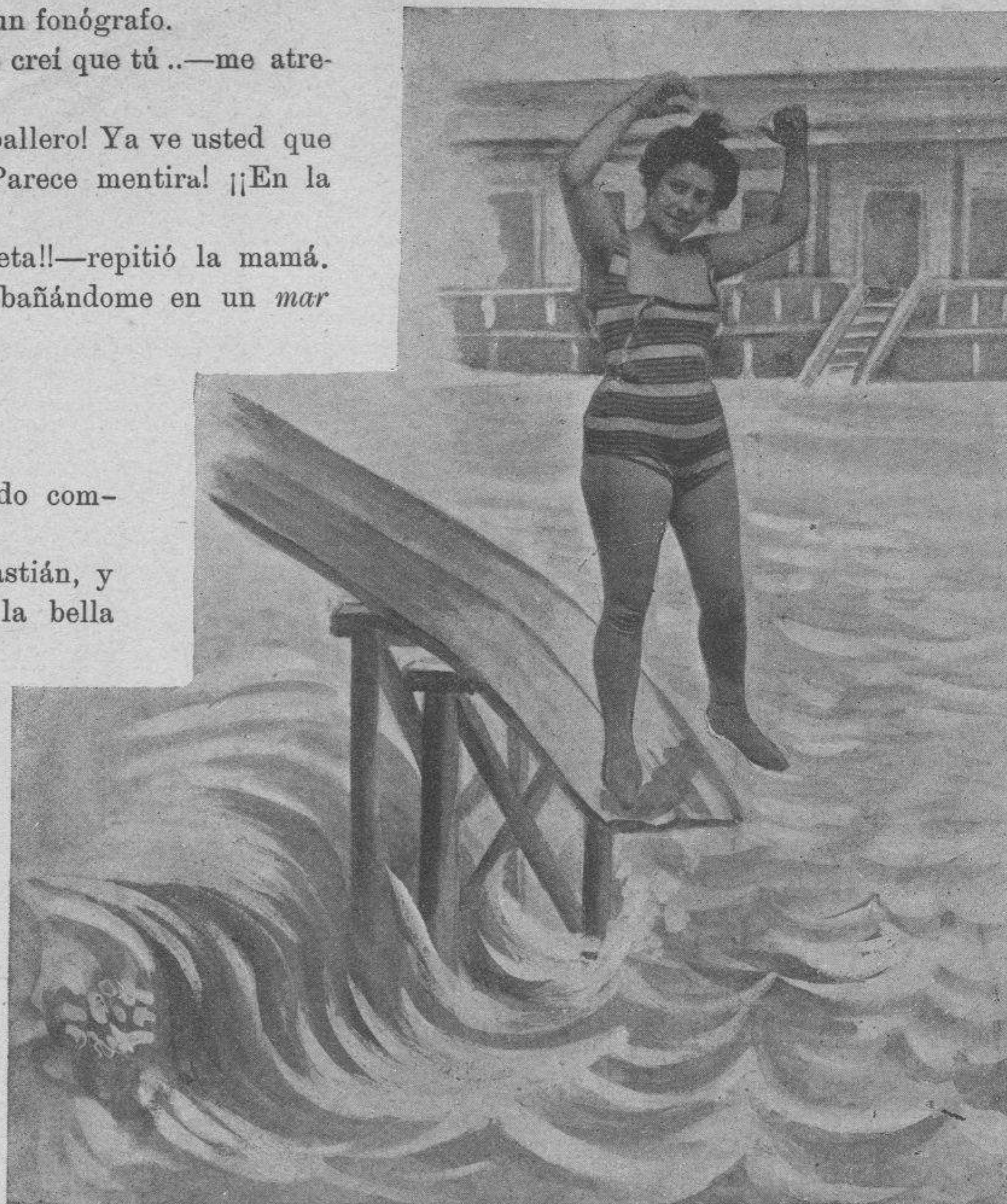
Y desde aquel día nos bañamos juntos y hacemos la *mar* de travesuras dentro del agua.

¡Cuántas veces se arrojaba Amalia desde la tabla del trampolín, yendo á parar á mis brazos!...

¡Ah! ¡Pero estábamos en San Sebastián!

Desde entonces le tengo devoción al santo y le rezo *casi* todas las noches.

JOAQUÍN ARQUES.



IDEAS SUELTAS

Las lágrimas de los amantes son como las lluvias de verano: casi siempre van acompañadas de truenos.

Si son ángeles los seres que moran en las alturas, mi novia es uno de ellos: vive en un quinto piso.



—¡No sabía que Luis estuviese tan desarrollado!... ¿endré que darle el sí.

LOS SALUDOS

ILUSTRADO POR LOS ARTISTAS SEÑORA OCAÑA Y SEÑOR FERNÁNDEZ (TEATRO NUEVO RETIRO)

NADIE hubiera creído que tú, tan refractaria al matrimonio desde que enviudaste, terminarías por repetir la misma tontería matrimonial.



menos artísticos, pero respirando ese gusto elegante y juguetón de la mujer coqueta.

Antonia era casada y demostraba el más profundo aburrimiento.

Luz, casada también, por segunda vez.

—Pero cuenta. ¿Cómo fué?—preguntó Antonia á su bella amiga, después de una corta pausa.

—Ya sabes que Adolfo, mi nuevo esposo, comenzó á ofrecirme sus amores, viviendo aún el pobre Luis.

—Lo sé. Pero también me consta que le despreciabas.

—Más todavía: me alejaba de él siempre que me obligaban las circunstancias; pero inútilmente. Si paseaba en coche, ya lo tenía junto al estribo galopando, ó andando al paso

de su caballo, según las indicaciones que yo hacía al cochero.

Un día decidí marchar á Londres. Pues bien: al día siguiente, cuando salí del hotel, se me plantó delante, haciéndome el saludo de siempre:

«—¡La encuentro á usted divina, Luz de mis ojos!»

Aquello me contrarió de tal manera, que aquel mismo día salí para Francia. En la estación del ferrocarril estaba ya aquel posma, el cual me repitió el saludo de reglamento.

En París lo tuve á mi lado en la mesa del hotel, en las carreras de caballos, en el teatro, en la calle, en todas partes...

—Pero, hija mía,— interrumpió Antonia,— ¡ese hombre era una calamidad.

—¡No lo sabes tú muy bien! Cansada ya de tan estúpido espionaje, procuraré engañarle, diciéndole

que preparaba un viaje para Suiza, y que salía al día siguiente. Excuso decirte que prometió acompañarme.

—¿Y tú...?

—¡Ay, hijita! ¡Tú no sabes quiénes son los hombres y lo que nos obligan á hacer!

Así hablaban Antonia y Luz en un elegante saloncito, lleno de caprichosos objetos más ó

La Saeta

—Aquella misma noche salía para San Sebastián, teniendo la suerte de no hallarle en el tren ni en la fonda. Por fin había logrado escapar de su terrible persecución.*

—¡Ya era tiempo!

—A la mañana siguiente decidí bañarme tranquilamente... ¡Oh! ¡No quiero acordarme! Creía encontrarme sola disfrutando las delicias de aquella hermosa playa, cuando de repente se agitan espumosas las aguas cerca de mí, doy un grito de terror, y así como por arte de encantamiento surge á mi lado la figura de Luis, ofreciéndome la mano y diciendo con sonrisa diabólica:

«—¡La encuentro á usted divina, Luz de mis ojos!»

—¡Haberle ahogado!—prorrumpió Antonia, apretando los puños nerviosamente.

—No pude darme cuenta de nada. Abrí los ojos desmesuradamente, sufrí un estremecimiento de pies á cabeza y caí en sus brazos...

—Eso lo he leído yo en un novelón de Luis de Val,—siguió Antonia.

—No lo niego; pero de seguro no habrás leído en ninguna parte lo que ocurrió en

la caseta, porque yo misma tampoco lo sé.

—Pero yo me lo figuro. Adolfo te sacó en sus brazos, haciendo las veces de bañero, y ya solos los dos, te obligó á tornar á la vida con las más deliciosas caricias... ¿Verdad, rica?

Luz bajó los ojos y continuó:

—Ya no hubo remedio, y á los pocos días nos casamos.

—¡Quién lo hubiera dicho!... ¡Pobre amiga mía! Te compadezco, porque un marido tan pegajoso debe ser terrible.

—No lo creas, Antonia. Adolfo dejó de asediarme desde que el cura nos bendijo. Tiene la monomanía del saludo y la persecución, y anda como un loco detrás de la que más le gusta. ¿Qué más? No hace mucho que le sorprendí mano á mano con mi doncella, en el momento que le decía:

«—¡La encuentro á usted divina, Lolilla de mis ojos!»

—¿Y tú, entonces...?

—No dije una palabra; pero, en justa reciprocidad, sigo su escuela.

—¿Te dedicas á los saludos?

—No: me dejo *saludar* por sus amigos.
JOTA.



ASI ES ELLA

De boca pequeña, de ojillos muy tristes,
 muy tristes y negros,
 igual que la pena que encierra su alma,
 igual que su pelo,
 igual que ese traje de luto que viste,
 igual que ese traje que cubre su cuerpo.
 Así es la gitana que el alma me alegra,
 que calma mis penas con dulce consuelo;
 así es la gitana que yo tanto adoro,
 que yo tanto quiero.
 Solita, solita, no tiene en el mundo
 quién calme sus penas y sus sufrimientos,
 ni un ser cariñoso.

que torne á su pecho
 sus dulces placeres, sus tiernas venturas,
 sus dichas que huyeron.
 No envidia del mundo las dichas mayores,
 ni busca delicias, ni amantes ensueños,
 ni encierra esta vida placeres ninguno
 para esa gitana que yo tanto quiero,
 de boca pequeña, de ojillos muy tristes,
 muy tristes y negros,
 igual que la pena que encierra su alma,
 igual que su pelo,
 igual que ese traje de luto que lleva,
 igual que ese traje que cubre su cuerpo.

ARTURO G. CARRAFFA.

ALBORADA

Despierta, dulce bien; ya el nuevo día
 con sus fulgores el oriente dora,
 y los pájaros llenan de armonía
 el ancho espacio con su voz sonora.
 Con su son la campana rasga el aire;
 son que cien veces lo repite el monte,
 y la palmera, con gentil donaire,
 yérguese dominando el horizonte.
 Despierta, dulce bien; en la pradera
 verás cómo á pacer viene el ganado,
 y, cual yo, admirarás en la ribera
 el mar ardiendo por el sol besado.

El canto escucharás de los pastores
 que al pie descansan de la parda loma,
 y de las frescas y tempranas flores
 aspirarás el regalado aroma.
 Despierta, dulce bien; ven pronto á darme
 con tu presencia el bienestar que ansío;
 necesito en tus ojos contemplarme
 lo mismo que las flores el rocío.
 Ven, y unidos los dos entre los lazos
 que nuestro ardiente amor nos tiene presos,
 tú ceñirás mi cuello con tus brazos,
 yo tu alba frente cubriré de besos.

J. TOLOSA HERNÁNDEZ.



—Después de bañarse,
 conviene arroparse.

VULGARIDAD

Me miré en sus ojos,
 la besé en los labios,
 y... quiéreme siempre, ¡por Dios te lo pido!,
 la dije llorando.

De entusiasmo loca
 me estrechó en sus brazos,
 y... ¡tuya ó de nadie, me dijo, lo juro
 por... lo más sagrado!

.....

Pasaron los meses,
 pasaron los años,
 y hoy va por el mundo, no sé si dichosa,
 con otro del brazo.

FÉLIX CUQUERELLA.

EPIGRAMA

En la fábrica de sillas,
 según me han dicho los dueños,
 dos tenedores de libros
 hacen todos los *asientos*.

José M.^a Solís y Montoro.



EN EL LAGO

Laura y Flora se embarcaron;
en el lago se perdieron;
alegres lo recorrieron;
sin temor se desnudaron
y en el agua se metieron.
A esto don Juan se arrojó
buscando amantes querellas;
y al tropezar con las bellas,
lo que él allí consiguió
mantenido está por ellas.

LA COPLA

A MI QUERIDO AMIGO DON PASCUAL CAMPILLO

CUENTO ANDALUZ

EN esas noches de primavera, en las cuales parece que la Naturaleza escoge de su sin igual paleta los tonos más caprichosos para formar con ellos esa sombra tenue y vaga que convida á poetizar nuestros pensamientos, penetremos en una calle estrecha, cuajada de rejas que, asemejando verjeles, se muestran orgullosos de la reliquia que atesoran. Confesonarios amorosos donde tantas veces se confunden el ritmo cadencioso de la plegaria con la ferviente promesa de la constancia, la sonora carcajada del alma satisfecha y la triste queja arrancada al desengaño. En uno de esos verjeles, mansión moruna de la poética Granada, hay algo que llena el corazón de melancolía envidiosa, y ese algo es María Luisa, el ídolo de la calle, la mujer más hermosa y más granadina que existe desde el Albacín al puente del Genil; una sensitiva que sólo desdobra sus hojas ante el sagrario de su cariño.

Cerca, muy cerca, *apegáto* á la reja, su Juan-Migué, el hombre más bueno de la tierra, un mozo arrogante y valiente ante los hombres, y tímido, mimoso, demasiado condescendiente, si cabe, con las mujeres. La quiere con toda su

alma; su carácter alegre y juerguista antes, aparece ahora serio y pensativo. Y es que el cariño transforma al hombre, porque los celos no le dejan distraerse en otra cosa. A lo lejos, en el fondo de la calle, se

deja oír el rasgueo de una guitarra; la falseta precursora de alguna copla gitana, de ese *cante* genuinamente andaluz, sin competencia posible, porque en un solo *jipto* se encierra toda la amargura de la pasión desdñada y todo el sentimiento del recuerdo amoroso; súplica que se *siente* porque se pasa por ella,

y allí donde hay un corazón apenado por el desengaño, existe una garganta que borda y modula la copla con melodiosos trinos, único lenitivo á la queja que le agobia.

No se deja esperar la *cantaora*, y, en medio del silencio de la noche, lanza á los espacios la siguiente copla:

*Parese mentira, mare,
que el barrio venere tanto
á una mujé que á dos hombres
á la vez está engañando.*

—María-Luisa,—repuso Juan-Miguel,— esa copla va por mí y por ti y por... *argún* otro. Tú sabes lo que quiere *desí*; ésa es una *saeta* que



—Formalmente, señores,
les participo
que hasta que no me miren
no me la quito.

La Saeta

trae la *rasón*. ¡Dímelo ya, y no me *jagas* pasar fatiga.

—¡Pero, chiquillo! ¿Te *quíe* *callá*?

—Tú lo sabes, *nena*; *argo* quiere *desir* esa *copla* que tú me *calla*. ¡Por la *salú é mi mare* que *é verdá*, y me lo voy *creyendo*! ¡Que *peasos* te *jagan er corasón* si me has hecho una mala *partía*!

—Ya tú sabes, *Juan-Migué*, que yo no quiero á nadie más que á ti; de manera que haz el favor de no ser tonto.

—¡Mira, chiquilla, que ya no te creol *Mu colorálla* te has puesto. Estás *mintiendo*; me lo están *disiendo* esos ojos que yo creí que eran para mí solo, y ya tú ves que ahora me han dicho que hay otro hombre que también los *camela*... ¡*Parese* un sueño, *nena*; *argo* que yo quisiera *adiviná*, pero no puedol...

Y al decir esto, Juan Miguel temblaba de pies á cabeza. ¿Era una *alucinación*? ¿Sería *verdad* que le *engañaba* María-Luisa? ¿Tendría tan mala *entraña* que, *habiéndole* hecho *concebir* un mundo de *ilusiones*, fuera en un momento á *tirarlas* por tierra?

—¡No, no *pué* ser!—repetía por lo bajo.—Son *envidias* del barrio; *mentiras* de la gente, que no la mira con buenos ojos... María-Luisa es muy buena y no es capaz de *haserme* eso *enjamás*. ¡*Asín* me lo digan cien obispos, no me lo creo!

Pero la duda le *hormigueaba* dentro, muy dentro, en lo más hondo de su alma gitana, y la *superstición* le inducía á *enmudecer*, á *negar* la razón á su *cariño*. Y con verdadera *pasión*, clavando sus grandes ojos en María-Luisa, como *queriendo* *acorrallar* á la duda, exclama:



¡Agua va!

—¿Tú me quieres, María-Luisa?...

—Mira, *Juan-Migué*,—contestó ella;—si sigues dudando de mí, *asín* que *amanezca er día* voy á ir *disiendo* á las *mositas* que me *jagan* unos pañales para mi novio, que es un niño...

—¡No te burles, *nena*!... ¡Mala *puñala* le den á esa niña mal *ange* que en la hora *presisa* de mis *quereres* viene á meter la pata *cantándose* una *copla* que *é argo* más que *copla*!...

—¡No *hagas* tú caso de lo que diga ninguna *mujé*!...

—Si tú me quisieras no haría caso.

—Pero ¿no te quiero yo, mi *arma*?...

—¡Olé la *mujé* de mis *ansias*! ¡*Bendita* seas!...

Y confundidos de nuevo los dos cariños que la intencionada *copla* había *distanciado* por un momento, sólo se escuchan junto á la reja *murmillos* de alegría, *suspiros* *entrecortados*, *eternizándose* así un hermoso *idilio* *mecido* en una *cuna* de flores... Poco después, lo de siempre: la *despedida*, un sonoro beso que el eco repite unas cuantas veces, quizá por *envidia*; un *adiós* muy sentido, y como recuerdo, una rosa cuidadosamente *arrancada* de la *maceta*.

Los celos, los malditos celos que no dejan paz ni reposo, *aguijoneaban* á Juan Miguel, y en lugar de *marcharse* á su casa como siempre, aquella noche, al *doblar* la esquina de la calle, *esperó*. Quería *convencerse* por sus pro-

pios ojos; deseaba y no lo quería... Una lucha terrible empezaba á desarrollarse en su cerebro.

—¡Si *fué* *verdá*, lo mataba!— decía.

Y sumido en aquellos pensamientos, permaneció largo tiempo, hasta que el ruido de unos pasos le hizo fijarse en un bulto que pausadamente avanzaba por *su calle*.

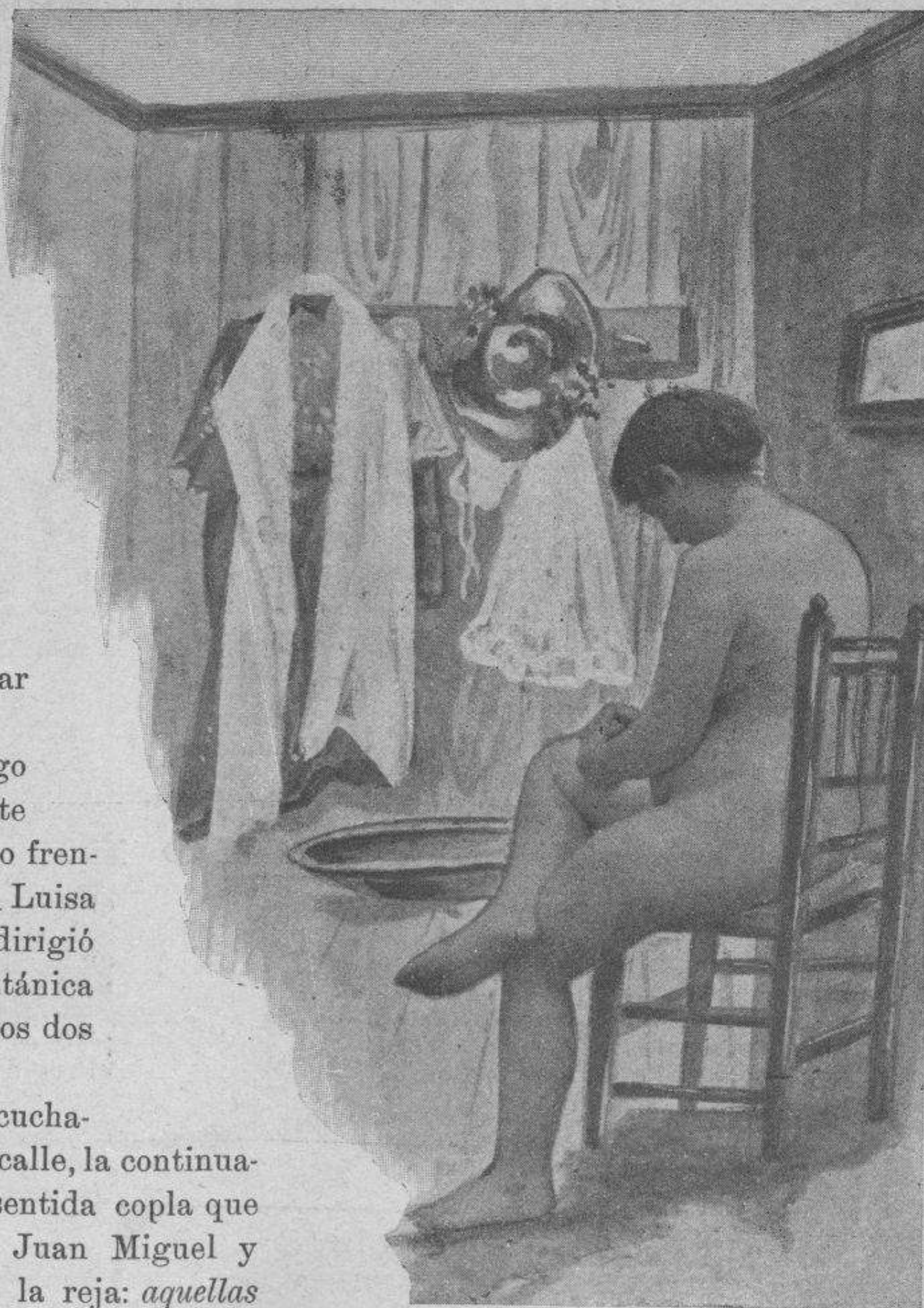
—¡Es un hombre,—exclamó,—y se para frente á su reja y la suspira!... ¡Virgen del Carmen, que no *sarga* María-Luisa, porque *entonse*...!

Y allá muy lejos se dejó escuchar de nuevo la maldita copla.

Juan-Miguel no pudo más. Ciego de ira, apretando la *faca* y anhelante de venganza, en cuatro saltos se puso frente á la reja, y diciendo á María Luisa «¡Mira si la copla tenía *rasón*!», se dirigió contra su rival, entablándose una titánica lucha que acabó con la vida de los dos hombres...

Al clarear el nuevo día, aun se escuchaba allá muy lejos, en el fondo de la calle, la continuación de la juerga y el cante de la sentida copla que sirvió para despertar los celos de Juan Miguel y salpicar con su sangre las flores de la reja: *aquellas flores que tantas veces recibiera como recuerdo de manos de María Luisa*.

ENRIQUE MOULY.



De seguro está pensando en si se mete ó no se mete otra vez en el agua.

CHIRIGOTAS

Tiene mi amigo Gaspar una singular manía: en la cama todo el día se queda para sudar: pues dice: «—Sin trabajar ni por nada molestarme, puedo. con sólo arroparme y dormir tranquilamente, *con el sudor de mi frente el sustento procurarme*».

Tu corazón y el mío,
bella Dolores,
han sido y serán siempre...
¡dos corazones!

Es tan bella y tan *airosa*
la sobrina de Consuelo,
que cuando voy á su lado
se me cae siempre el sombrero.

A Ruiz preguntó Bellido
ayer tarde si sabía
cuál es la etimología

de la palabra *marido*.
— Se deriva de *mar-ido*,
al punto Ruiz contestó.
Es decir: quien cometió
de casarse la torpeza,
se fué al mar y de cabeza
al fondo de él se arrojó.

Me han dicho, Rosalía,
que has sido y eres desdeñosa y *fría*;
cosa que yo no creo,
aunque así puede ser; sólo deseo
que me pruebes, valiente.
lo contrario (¡si no hay inconveniente!...)

A sus hijos don Vicente
preguntó de qué manera
se llamara si tuviera
Apolo algún descendiente,
y el pequeñito Conrado
respondió sin inmutarse:
—Que ¿cómo debe llamarse?
Yo creo que *Apolillado*.

SANTIAGO A. NARRO.

AMOROSA

La brisa suave
que besa las flores;
el canto del ave
de vivos colores;
el claro arroyuelo
que va serpeando
y el azul del cielo
sus aguas copiando;
la luna que vela
sobre inquieto mar;
la alondra que vuela
su nido á buscar:
nos dicen al hombre:
la dicha mayor
se basa en un nombre:
¡Amor, siempre Amor!

—
¿Amor? Y! ¿qué es eso?,
las niñas preguntan.

Eso es que en un beso
dos almas se juntan
en una, no es más;
y el ave y el viento,
el agua, las flores,
en dulce concierto
secretos de amores
mejor os dirán;
y calla el poeta...
Seguid su consejo,
que dicha completa
el joven y el viejo
al cabo obtendrán.
Veréis qué verdades
Natura os enseña;
copiad sus bondades:
la vida es pequeña
y el goce fugaz.

A. ESCAMILLA RODRÍGUEZ.



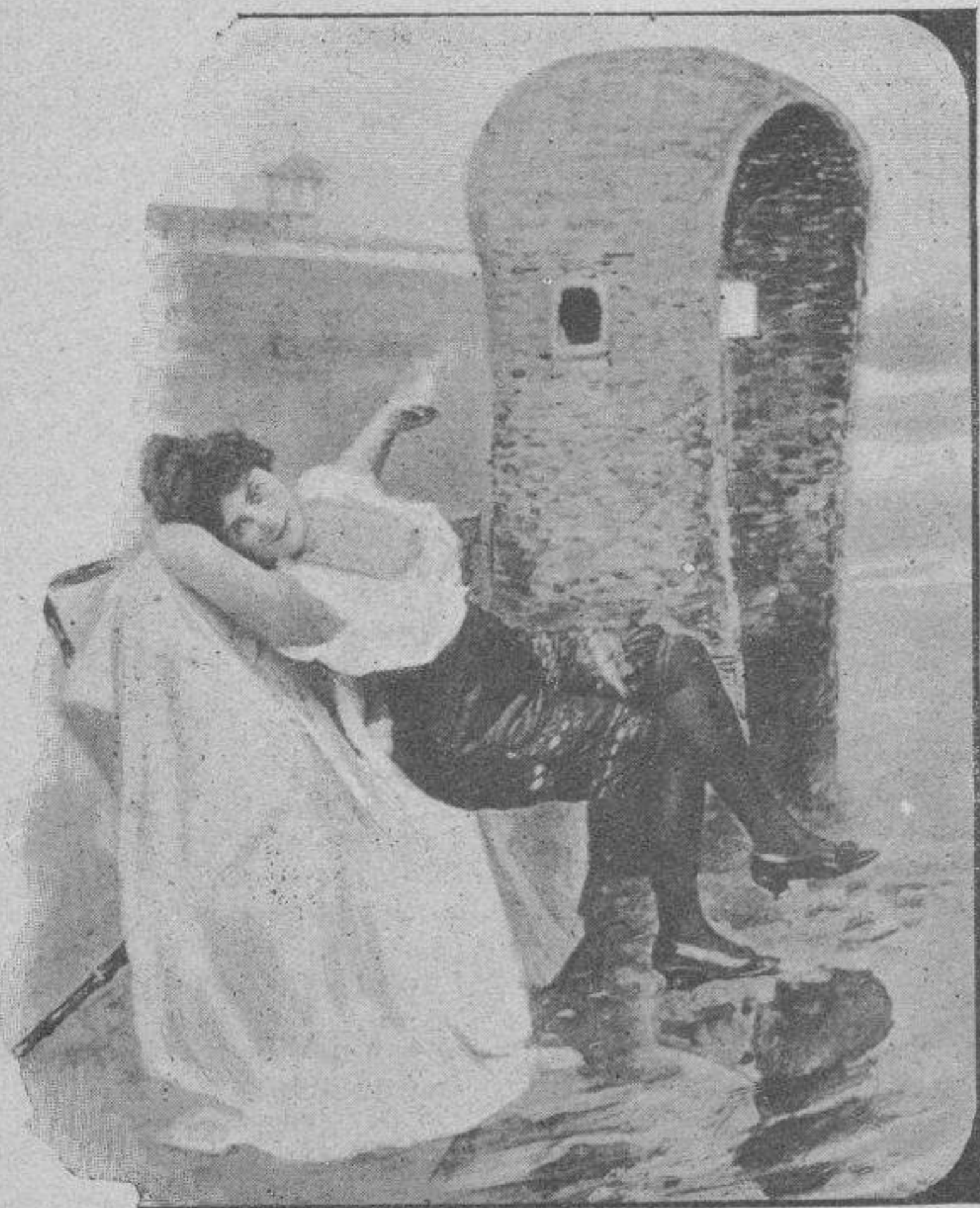
Antes de bañarse,
¡qué fuerte se está!

EL CABALLO DE PASEO

Alta cerviz, de majestad portento,
casco macizo de diamante y oro,
curva que vence á la del arco moro,
de frente á cruz, en donde tiene asiento.
Tromba el robusto fragoroso aliento,
cola altiva y audaz de ondas tesoro,
nariz que lanza cual clarín sonoro

el relinchar que escandaliza al viento.
Remos flexibles que gentil maneja,
anca redonda que abrillanta el raso,
pecho anchuroso que la luz refleja.
Profuso en crines y en oreja escaso;
¡éste es el bruto que en el polvo deja
el regio triunfo de su excelso paso!

SALVADOR RUEDA.



Y después del baño...
¡qué debilidad!

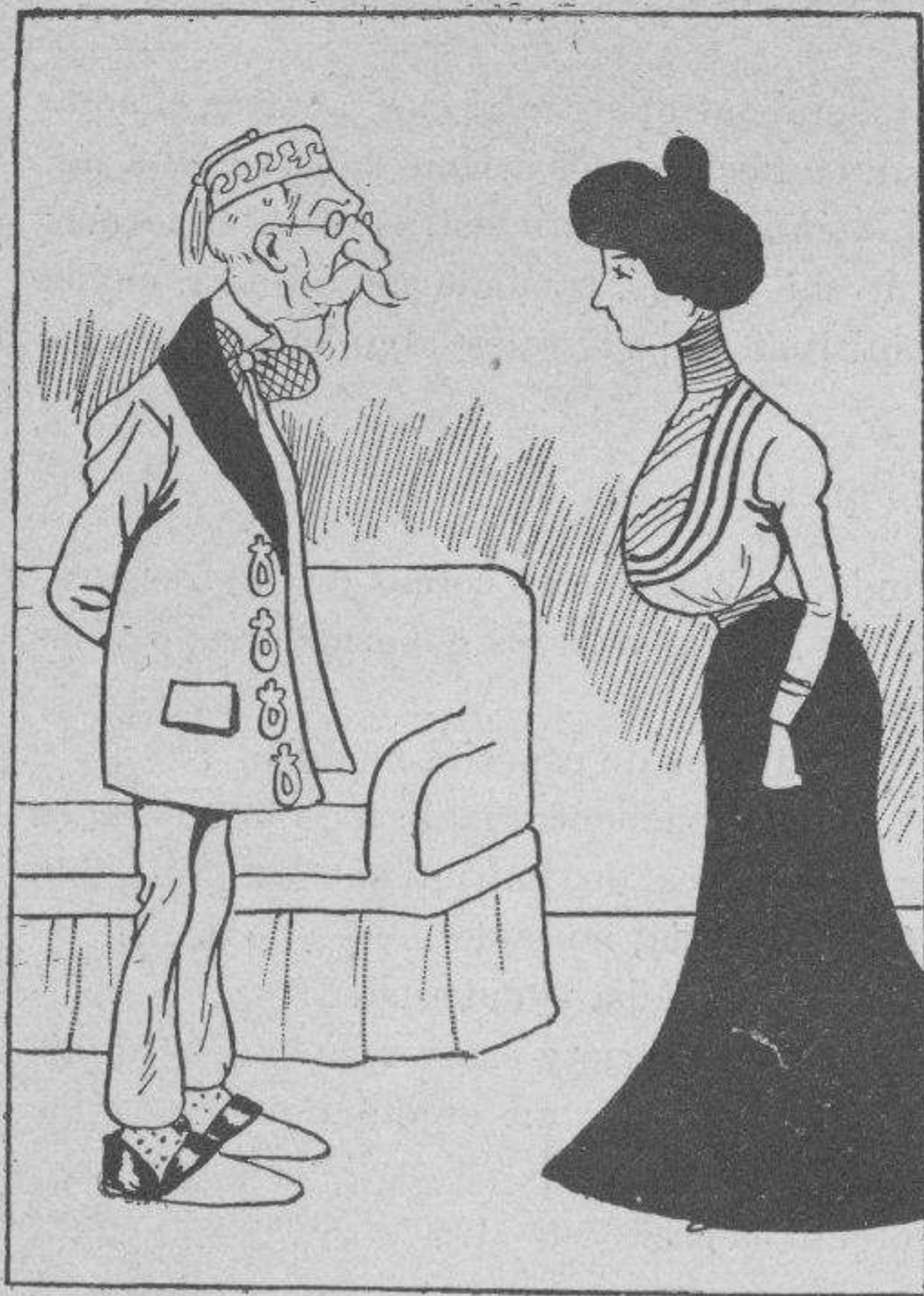
LA AUSENCIA

¿Por qué pierdes la paciencia?
¿No comprendes que mi ausencia
es debida,
por causas muy singulares,
á los cruentos azares
de la vida?
¿Crees tú que la distancia
pueda vencer la constancia
con que yo
te quiero á ti desde niño
y que borre mi cariño?
¡Eso no!
¿Crees porque estoy distante
que yo te olvido un instante
siquiera?
¡Imposible! ¡Si yo creo
que tu hermosa imagen veo
por doquiera!
Aunque el destino traidor
nos hiere, yo mi dolor
mitigo;
pues tengo el convencimiento
de que está mi pensamiento
contigo.
Yo quisiera ser un ave
que con mi vuelo suave
cruzara
el espacio misterioso
y á tu lado presuroso
llegara
sin descansar un instante,
sin aliento, ja leante,
ligero;
con el corazón henchido
para decirte al oído:
—¡Te quiero!

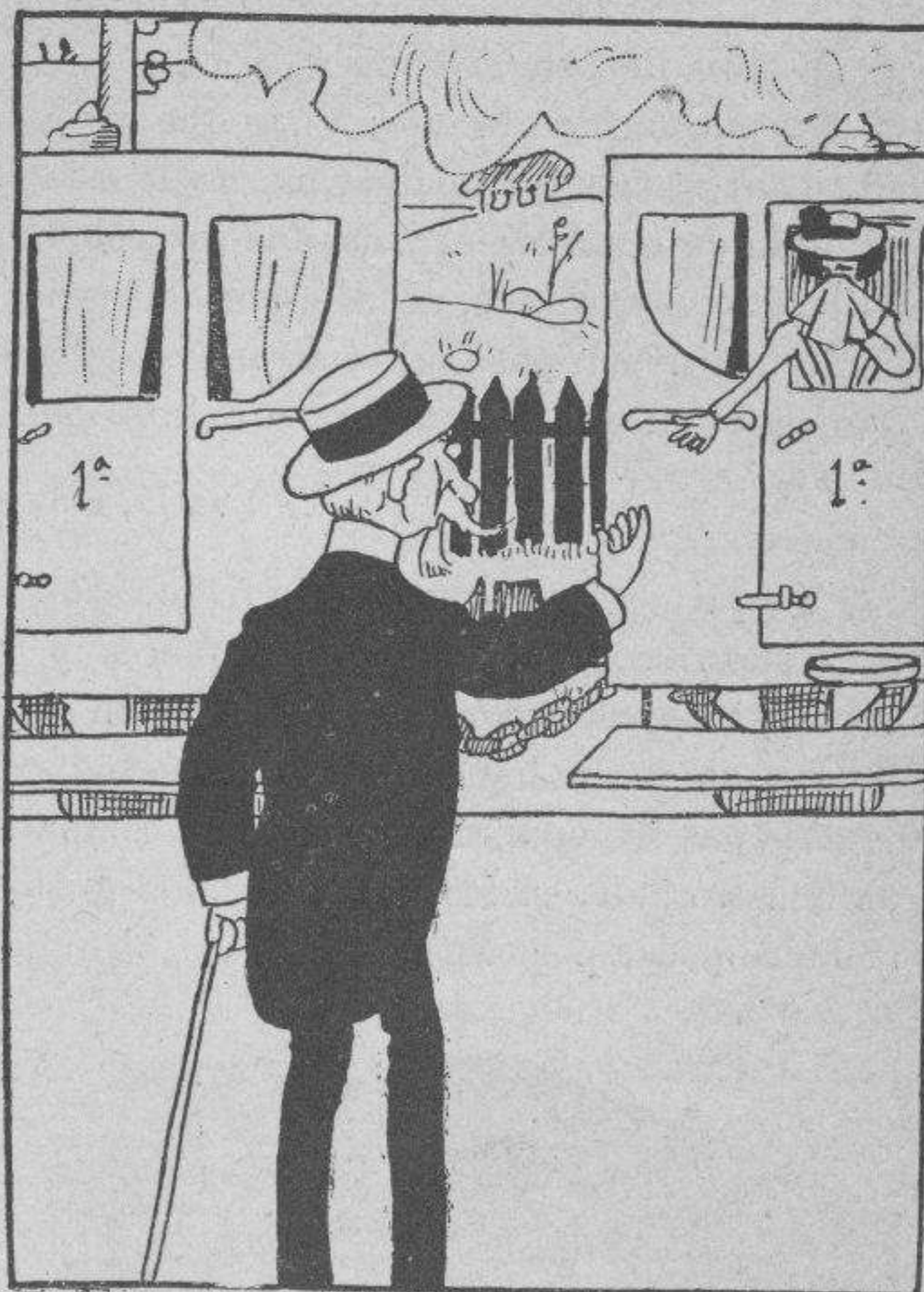
JUAN J. GUTIÉRREZ RAMOS.

A BAÑOS

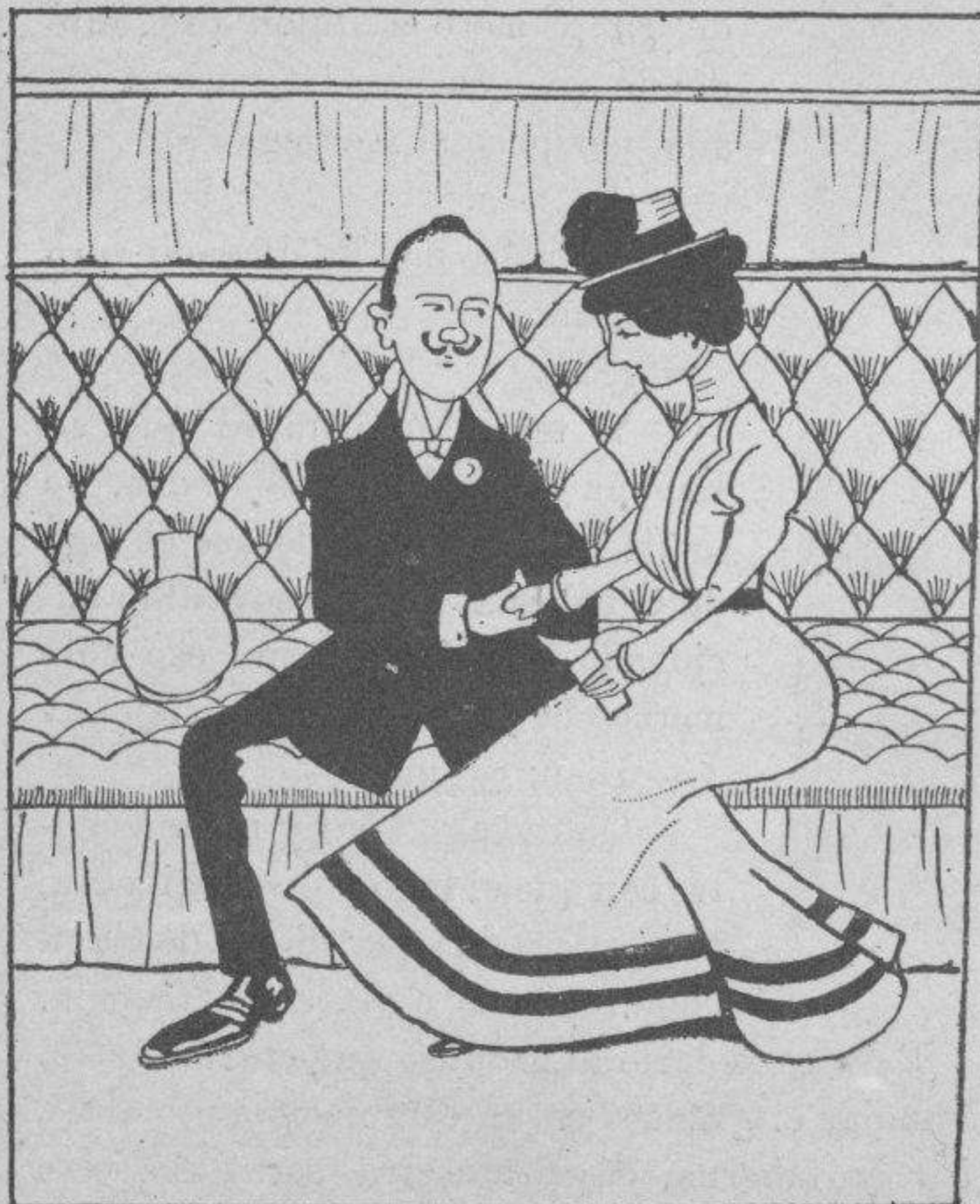
Historieta por Márquez



—¿No salimos este año á remojarnos?
 —Ya sabes que me es imposible menearme de aquí. Vete tú si quieres.
 —Sí, sí; porque con este calor me pongo muy excitada.



—¡Adiós, vida mía! ¡Que te sienten bien!



—¿Qué ajena estaba á que me estabas esperando en un reservado!...
 —¡Lolita de mi corazón! ¡Yo sí que te adoro y te hago feliz; no ese viejo empalagoso!



«Anacletito mío: ¡No sabes lo bien que me sientan los baños! ¡Estoy más gruesa cada día que pasa.
 »No te escribo más porque me dan mareos.
 »Recibe un besito de tu Lolita.»

UNA CARTA

ALDEA de Infundibung á.....

Querido director: Visto que los gobernadores fusionistas que por ahí se padecen, cuando no se entretienen en apalearse unos a otros, se ocupan en fastidiarnos á Don Tancredo y á mí, su humilde rival (de él y casi de los gobernadores), impidiéndonos lucir nuestras esbeltas formas en los circos taurinos, acordé, por safragio universal de mí mismo, trasladarme á Suiza, cuyas montañas tienen para mí el atractivo de ostentar una multitud de pedestales algo más elevados que aquel en que acostumbraba exhibirme,

«allá, cuando el Poncio quería».

Y aquí me tiene usted, más fresco que don Segismundo, lo cual es el colmo de la frescura, trepando riscos, salvando ventisqueros y riéndome de los Miuras y de los gobernadores, ó viceversa, si la postergación ofende á algún excelencia quisquilloso.

Por ahora me han ocurrido dos casos, no de cólera, sino dignos de especial mención.

Apenas llegado, me encontré un compatriota que, *rara avis!*, encuentra malo todo lo que no es de nuestro país, en lo cual le alabo el gusto, porque en cuestiones de patriotismo es preferible siempre pecar por carta de más. Al oírle poner faltas á cuanto veía, no pude menos de decir:

—Entonces ¿por qué ha venido usted?

—Porque soy anticuario y estoy resuelto á adquirir, cueste lo que cueste, un objeto de gran valor histórico.

—¿Qué objeto es ése?

—El vaso de noche que los suizos regalaron á Guillermo Tell, agradecidos por haberlos librado del

ominoso tirano; pero estas gentes, que tienen fama de hospitalarias, son lo más groseras que darse puede. El primero á quien pregunté dónde se conserva la preciosa vasija, por poco si me pega.

—¡Lo creol!

—Además, me he llevado otro desengaño.

—¿Sí?

—Y terrible. Siempre que en España se hablaba de Suiza, no había quién no ponderase el lago de Ginebra... Yo que soy algo aficionado, pensé: «¡Sí que eso sólo merece la pena de hacer el viaje!...»

—Bien: ¿y qué?

—Que vengo aquí y me encuentro con que el lago no es de ginebra, ni siquiera de aguardiente de Chinchón... ¡Es de agua como todos!...

Para consolarle le propuse que entráramos á remojar el gaznate en un establecimiento entre *bar* y taberna, cuya muestra ostentaba este letrero: *Al antiguo guía*.

El dueño del establecimiento era un buen mozo, de unos cuarenta años y de aspecto algo



—A bañarme voy. Si ustedes quieren acompañarme...

rudo, á quien invité á beber con nosotros. Aceptó, y, para entablar conversación, le pregunté:

—¿Conque usted ha sido guía?

—Durante quince años; y puedo alabarme de que nadie conocía estas montañas como yo.

—Y ¿por qué se retiró usted, siendo todavía joven?

—¡Ah! Me hizo disgustar del oficio una aventura que... Después de todo, ustedes son extranjeros, tienen aspecto de personas decentes y me comprenderán; así es que voy á referirles lo que á ninguno de mis paisanos he querido decir:

«Un día, un caballero y una señora vinieron á pedirme que les llevase á ese pico que se ve desde aquí y que, si no de los más altos, es de los más difíciles de alcanzar.

»El caballero tenía el aspecto dulce y tranquilo; la señora parecía muy nerviosa. Les advertí las dificultades que tendrían que vencer; pero insistieron, y partimos.

»La señora era muy ágil; el caballero, que soplaba como una foca, cada vez iba rezagándose más. Llegó un momento en que le perdimos de vista por completo, y entonces ella, echándome los brazos al

cuello, exclamó:

»—¡Eres un buen mozo!... ¡Soy tuya!... Mi marido está lejos... Tenemos tiempo...

»¡Qué diablo! Yo era joven... ella

hermosa... De pronto, al hacer un movimiento demasiado nervioso, puso ella un pie en falso y rodó al abismo, lanzando un grito desgarrador, y faltando poco para que me arrastrase en su caída... Yo me quedé hecho una estatua, hasta que el marido, que, al fin, había llegado á la plataforma donde ocurrió el caso, se me acercó, me estrechó la mano y me dejó en ella dos billetes de mil francos, diciéndome, luego de exhalar un ruidoso suspiro: —¡Muchas gracias!

»La conmoción que el lance me hizo experimentar fué tal, que dejé el oficio y me establecí con los dos mil francos y mis pequeños ahorros.»

Creo, querido director, que el contenido de la presente ha de resultar de más interés que esas correspondencias en las que se refiere á los lectores las veces que uno se muda de calcetines ó se le aburre con descripciones de campos y ciudades que no le importan un comino. Perdone la inmodestia y hasta la vista.

DON SEBASTIÁN.



—Nada: y así estará Dios sabe el tiempo. ¡Qué pesadas son algunas mujeres para desnudarse!



—¡No acudir á la cita!...

J. T. R.—*Barcelona*.—No está mal su carta. Mande algo que diga algo.

F. M. J.—*Alicante*—Ni eso es escribir ni nada.

Los MÁS EXQUISITOS manjares dejan de saborearse por la blandura de encías. Para evitarlo, el *Licor del Polo*, el más higiénico, más agradable y más barato dentífrico.

B. M.—*Cartagena*.—Su artículo tiene gracia; pero es demasiado subido de color. Escriba algo menos crudo, y tendremos mucho gusto en publicarlo.

AVISO

Se advierte á los señores que mandan pasatiempos para LA SAETA, que si quieren verlos publicados, caso de ser admitidos, escriban, en adelante, por una sola cara y con la solución al pie. De lo contrario, aunque sean publicables, no respondemos de su inserción.

Prohibida la reproducción de los originales de este número



LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia

al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 ,
Extranjero y Ultramar, un año.	17 ,
Número corriente, 20 céntimos.	

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Correspondencia

J. A. y C.—*Madrid*.—Se publicará su artículo.

F. C.—Sus epigramas no pueden publicarse... porque... vamos, porque no sirven.

EL AGUA DE COLONIA de Orive se vende en las Farmacias y Perfumerías en frascos de 3 á 26 reales. Por litros, con envase, 8'50 pesetas 2 litros; 4 litros, 16 pesetas á domicilio pidiéndola a su autor: Bilbao.

E. V. P.—*Valencia*.—No están mal sus versos. Publicaremos algunos trabajos suyos. Pero procure hacerlos con más corrección.


A. T. E.—*Málaga*.—El asunto no va mal; pero la forma es flojita. Veremos de arreglarlo.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Charada

Todo es para el niño
lo de mi charada.
Prima repetida,
lo dice y lo canta;
segunda y tercera
el niño la habla,
y la todo come
y engorda que pasma.

X.

Jeroglíficos comprimidos

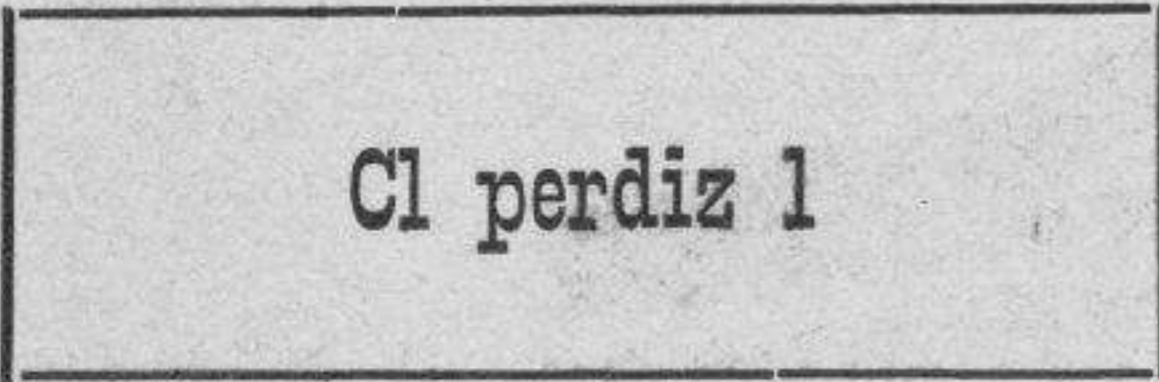
I



VENE

E. BERNABÉU TORREGROSA.

II



Cl perdiz l

PEDRO JUAN GUILLEM.

Cruz

```

*
* * *
* * *
* * * * * * *
* * * * * * * * *
* * * * * * *
* * *
*
    
```

Substituir las estrellitas por letras, de modo que leído horizontal y verticalmente, resulten tres nombres de mujer.

JOSÉ VALLÉS SARDÓ.

Logogrifos numéricos

I

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 Abundan en América.
8 9 5 2 6 6 2 1 9 En la cabeza.
5 9 0 7 6 7 8 9 En Roma.
0 7 8 7 6 7 9 Isla.
5 7 5 6 7 9 Libro indispensable.
8 9 1 0 2 Alimento.
8 4 5 9 Isla.
6 9 0 Artículo.
3 2 Consonante.
5 Idem.

MANDINGA.

II

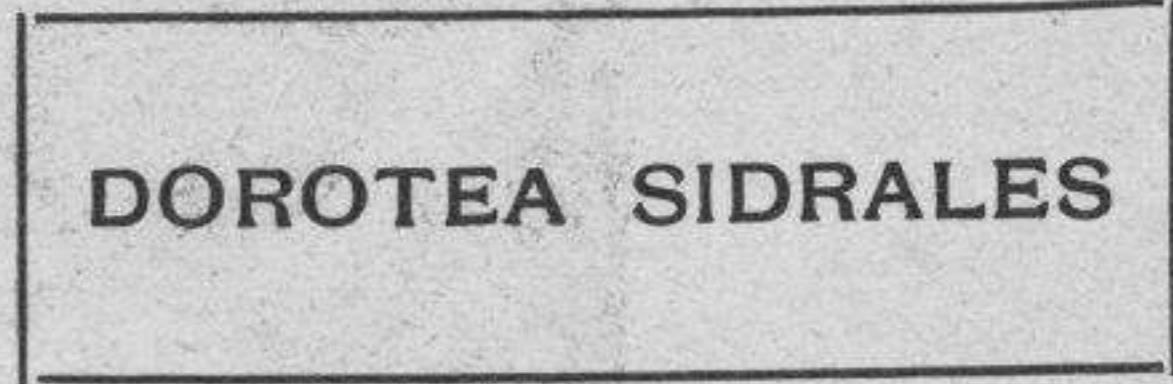
```

7
9 6
9 2 5
3 6 5 4
9 4 3 4 5
3 4 5 9 4 1
1 2 3 6 5 5 4
3 2 5 6 1 7 8 9
1 2 3 4 5 6 7 8 9
3 6 5 4 1 2 3 4
3 4 5 5 6 1 4
1 2 3 8 5 4
9 4 5 2 1
5 2 1 4
3 6 4
1 6
8
    
```

Consonante.
Nota musical.
Apellido.
Idem.
Idem.
Idem.
Animal (femenino).
Hortaliza.
General.
Apellido.
Idem.
Para entretenerse.
En algunas casas.
Tela.
En ferrocarriles.
Negación.
Vocal.

M. CERVERA Y MENGUIJÓN.

Tarjeta



DOROTEA SIDRALES

Combinar estas letras de modo que se lea el nombre y apellido de una conocida tiple.

JOSÉ VALLÉS.

Soluciones á lo insertado en el núm. 559

CHARADA.—Cariño.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Desiguales; II, Ramiro.

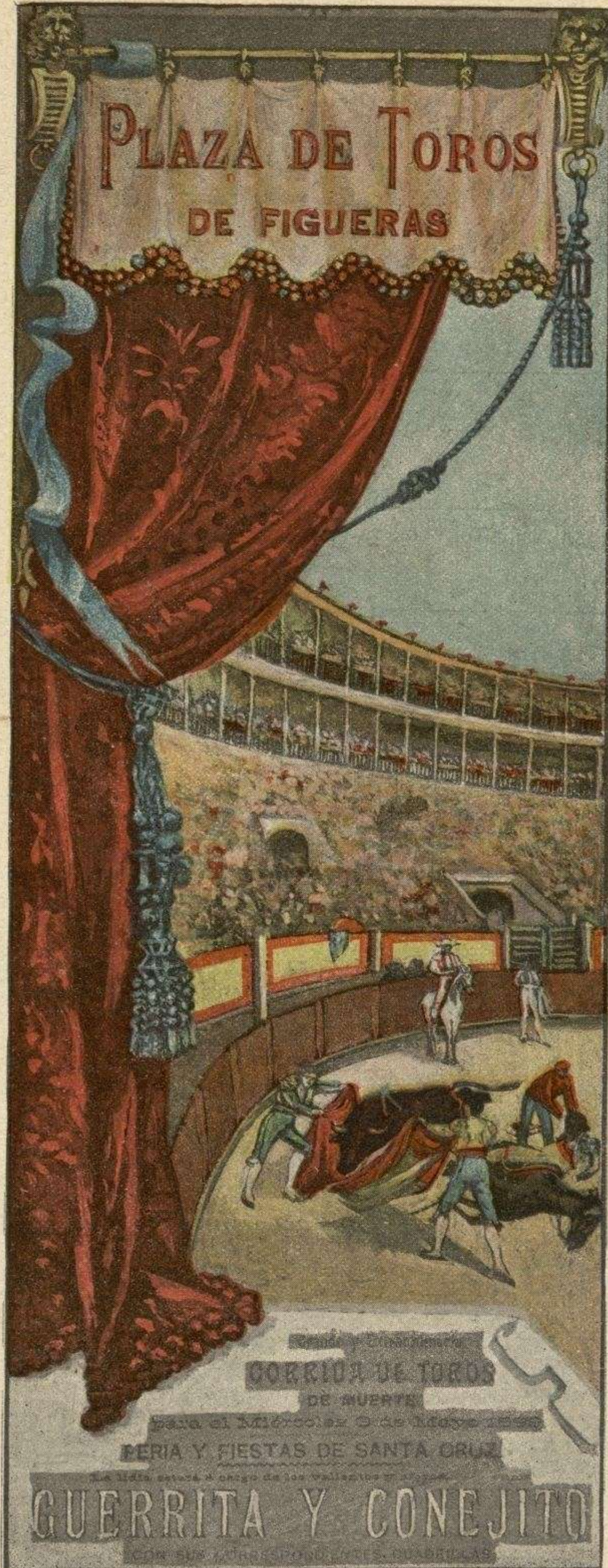
TARJETA.—Las Carceleras.

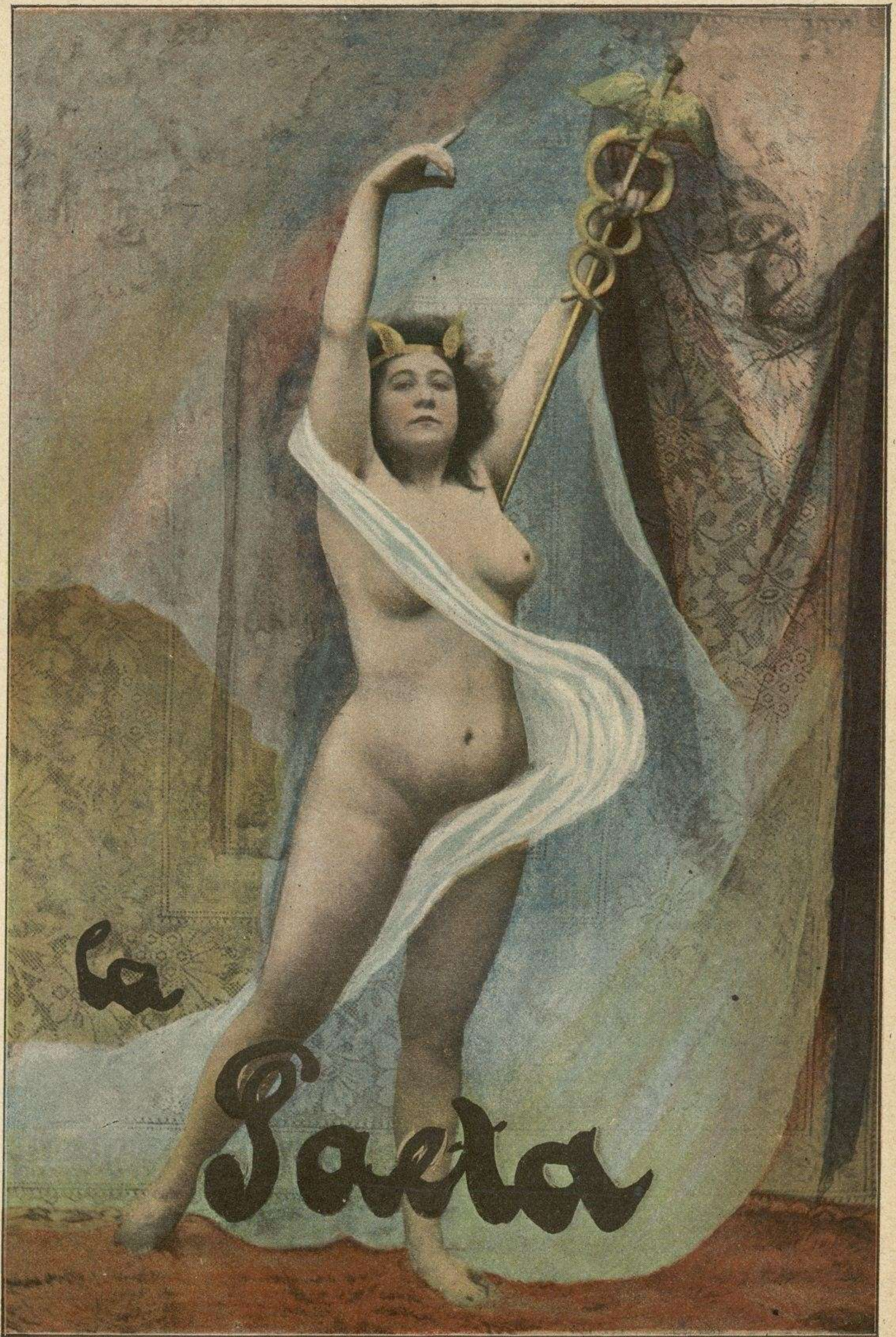
LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Verónica.

MAESTRO Y DISCÍPULO



—¿Podrán alguna vez conquistar á España los ingleses?
—No, señor.
—¿Por qué?
—Porque mi padre es español y los conquista á ellos.





20 cénts.

Núm. 561

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El Pais, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, Heraldo Taurino y El suceso ilustrado.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Plato lógico

Llegas á casa,
pides la cena,
y si te dicen
que no está hecha,
mandas al cuerno
á la sirvienta
y con tu esposa
luego la pegas.
Por fin te dicen:
—¡Pronto á la mesa! —
Tú te colocas
la servilleta,
y el primer plato
con ansia esperas,
Mas ¡oh desastre!
Cuando lo pruebas,
haces un gesto
de rabia fiera:
sabe á pegado.
¡Qué desvergüenza!...
Aquí tu esposa
se te presenta
y el plato rompes
en su cabeza.

J. A.

La mamá.—Pero, Alfredito, ¿por qué riñes con tu hermana?

Alfredo.—¡Es que estábamos jugando á Adán y Eva, y mi hermanita, que era Eva, se ha comido toda la manzana!

—Voy á comprar una bicicleta. ¿Qué color me recomienda usted?

—Pues como es usted principiante, creo que debe usted comprarla de color rojo.

—Y ¿por qué rojo?

561

—Porque así no se conocerá la sangre que le ocasionen á usted las caídas.

A un empleado modelo:

—¿No toma usted café después de almorzar?

—¡Nunca! Eso me impediría dormir en la oficina.

En un cuartel:

—Ya habéis oído la orden,—dice el capitán.—Es preciso que al medio día todos hayan cambiado de camisa.

Un sargento:

—¿Y los que no tengan más que la puesta?

—Que la cambien unos con otros.

Matrimonio modelo:

El marido no puede más. Coge el sombrero y el bastón, dirigiéndose hacia la puerta de la calle.

—¿Cuándo volverás?—le pregunta la esposa.

—¡Cuando me dé la gana!

—Bueno: ¡pero no vengas antes!

NOTA CÓMICA



—¿E-tá usted seguro de que mi esposa me es fiel?

—Segurísimo. Ayer la seguí, por las dos pesetas que usted me dió, y no vi nada malo.

El marido, aparte.—¡Te clavé! Las dos pesetas eran falsas.

El amigo.—¡Como tú me engañaste te engaño yo!

(Sigue en la penúltima página)